



DE AFUERA A HACIA ADENTRO

Adelaida Loukota E.

En julio de 2013 le pedí a don Amable Sánchez Torres que leyera algunos de mis poemas. Sin duda, mi plan era editarlos después de sus comentarios y publicarlos, de más está decir que nunca llevé a cabo dicho plan. Hace unos días estaba buscando otra cosa y me topé con el correo que don Amable me mandó después de leer mis textos y que ahora uso a forma de prólogo para este librito que no vio la luz en ese momento.

Algunos de estos poemas han aparecido en antologías, pero me gustó la idea de publicarlos juntos. Quizás porque me gustó el título que en ese tiempo elegí para ellos. No los edité, los presento como se los presenté a él hace años.

Adelaida

Adelaida llegó temprano...

No se sentó. Me preguntó sobre cómo me había ido con el curso de lectura, concluido el pasado 28 de junio. A los muchachos les había dicho que cada uno debe descubrir el Quijote que lleva dentro. A ella le dije que los alumnos tienen una generosidad que a veces ni ellos mismos sospechan, que hay que ayudarles a descubrirla, y que eso únicamente puede lograrse con ilusión y entusiasmo. Pareció estar de acuerdo, pero no sé...

Me entregó seis cuartillas sin grapar ni numerar, escritas por ambas caras, todas ellas con la mayor parte del espacio en blanco. En el extremo inferior de la primera, a la derecha –vista de frente–, este título: De afuera hacia adentro. Seguidamente, debajo, este nombre: Adelaida Loukota. “Quiero que los vea” –me dijo. Dos breves textos en prosa y nueve en verso libre. Poesía todo: el verso y la prosa, el espacio escrito y el espacio en blanco, la falta de cubiertas y de grapas, la falta de páginas y de títulos, la falta de comas y de puntos, incluso hasta la falta del punto final en los dos últimos poemas. ¿Descuido, desgaire? Es la poesía de Adelaida. Su mundo, su vida, su levedad, su peso y su pesadumbre: “... sé qué calles camino / cómo buscar series de palabras inconexas / sé dónde no estás...”

¿Qué, quién, cómo?

Después de irse ella no me he sentido bien. Supongo que pequé de presuntuoso. Le leí un par de poemas míos. Le dije que me mandara la versión digital de los suyos, si le era posible. Hasta me atreví a decirle que, si encontraba algún error o alguna errata, los corregiría. ¡Tonto! ¿Qué me habré creído? No todo consiste sólo en puntos, comas, tildes, guiones, comillas, signos de admiración o de interrogación... No toda la poesía cabe en décimas, sonetos, romances, liras, rimas de una clase o de otra, cuartetos o serventesios. Si algo es fundamentalmente la poesía es libertad. Belleza libre, manifestada de mil maneras. Los signos –magistralmente escritos o torpemente garabateados– no son más que pretexto. Y he seguido gozando y sufriendo los poemas de Adelaida, donde parece campar un “...¿y a i qué me importa?”, sobre el que tremola un rictus de autosuficiencia y escepticismo, que no excluye la melancolía... Hasta los gatos que merodean por ahí –¿cardos?– son seguramente rosas ronroneantes.

Amable.

En mi ciudad se quemó la estación del tren
nunca lograrán que sea la de antes.

Un poeta habla de su abuelo
yo no me siento capaz de hablar del mío
aunque lo extraño igual.

Tampoco soy capaz de seguir mintiendo mañanas mejores
mintiendo esperanzas
mintiendo sentimientos simples.

A veces creo que es cierto que no se acaban las calles
eso debe ser bueno para nosotros
polillas que andamos paso a paso en busca de luz
aunque se nos quemen los pies.

Los gatos rondan por la noche
nos muerden las puntas de los dedos.
No nos bastan las calles, aunque no se acaben.

Detrás de este muro no hay mares
tenemos que conformarnos con una pandilla de gatos
que se asolean o se cogen cuando tienen oportunidad.

Tampoco creo que sea aquí donde se acaban todos los muros
donde empieza nada que no seamos nosotros mismos.

A veces quisiera ser valiente
llorar mucho
por vos
por mí
porque la libertad no se convierta
en cuatro paredes sin fecha de caducidad.

Hace tres días estaba nublado
a punto de llover
hoy no queda mucho más.

A la ciudad la salvan los parques
pequeñas islas habitadas por gatos y niños
que no se cuidan de sí mismos.

La alimentan calles cuajadas de gente a ciertas horas
sobrevive
porque los barrios no duran más que los abuelos
porque no se arrepiente de comer hombres dragón
de parir flores clandestinas en alguna grada.

A la ciudad la cuidan los perros que la caminan
y conocen sus lugares más cálidos
la reivindican los pájaros que no se cansan de cantar en árboles
que nosotros
cartógrafos de timbres y buzones
echaríamos de menos
dibujaríamos de memoria.

A veces me pasan cosas importantes
como perder mi casete favorito
u olvidar que hay una baldosa floja en mi camino y mojarme los pies.

No puedo resistir el paso del tiempo
no valdría la pena decir que te extraño porque estás lejos
desde que estás lejos.

En todo caso
podría adivinar que mañana es miércoles
o que no encontraré lugar en el próximo bus.

El café se toma amargo, pero el café con leche lo más dulce que se aguante. Sin importar cuánto tiempo pase o cuántos cafés con otra gente nos separen, hay consignas que se llevan tatuadas en los hábitos, en la manera de echarle sal a la comida o en una dona rellena de cajeta, que se escurre por el lugar menos indicado, que te chorrea los dedos. Se toman cinco tazas de café al día. La del desayuno, de la refa, del almuerzo y dos después, como a las cinco, en algún cafecito o bar de mala muerte o cantina o tiendecilla del centro. Se caminan once cuadras o veinte o por lo menos siete cada día. Se vive como se pueda, se cree en el tiempo como en una canción que se repite y se repite, como cuando no queremos dejarnos ir, como cuando uno se sienta en una banca que ya es casi propia de tanto usarla y piensa en todo lo que fue de uno de tanto pensarlo y esperar. Porque luego no queda más y nos da por recordar cómo se toma el café.

Nos pasaron las cosas más terribles, amor; nos pasaron los desencuentros, los desengaños, las llegadas tarde. Nos pasó la distancia. El más irremediable de los cambios químicos en la vida. Nos pasó la ira, la ansiedad, el dolor. Nos pasó la distancia. Vernos de lejos, como quien no quiere quedarse calmado y se queda. Nos pasó la indiferencia ante un niño que vende cosas, ante un oso polar en peligro de extinción, ante un mar. Nos pasó caernos de la cama y no tener ganas de subir de nuevo. Nos pasó, amor, y no tuvimos fuerzas para resistir, para llorar y pedir clemencia. Vos te vas, yo me quedo, me voy, me siento, espero, camino. Nos pasó la distancia y le hicimos huevos y eso nos mató.

Resultan curiosos los lugares donde enterramos a nuestros muertos
en el quinto piso de un multifamiliar de cajas de concreto
en filas ordenadas y simétricas en cualquier campo
en zanjas
en caminos o en el mar.

Vos te reirías de ver las rutinas matutina y nocturna
que mantenemos mi hermana y yo
un diálogo que no varía más que en la hora de su desempeño
cuatro frases que me caen en el estómago y estallan siempre igual.

Vos no sabés los lugares que te tengo reservados
en el cementerio de mi olvido
un nicho frío para los días de calor
un mausoleo colonial para las noches
una zanja para que no saltés en mi camino.

Te daría risa saber cómo me empeño en olvidarte
cómo te voy a cuidar cuando estés muerto
cómo las flores no valdrán de nada entonces.

Mis manos están llenas de agujeros enormes
por donde se escapa tu nombre.

Ahora no estás ahí cada vez que derramo el té
para decirme que no pasa nada
que no importa la certeza de tu distancia.

Hace frío
como siempre a esta hora
hace recuerdos, mal humor
hace de todo menos silencio.

Es cierto que no te extraño todo el tiempo.
Es cierto que te descubro esperando por mí en lugares inesperados
como en la nostalgia de verte llover.

Me siento sola.

Ahora no estás para defenderme de mí misma.

Eras como amanecer
con los dedos más delgados
con los labios secos
con los ojos abiertos

a veces
traías cargado al desasosiego.

No es válido
hablar de la nostalgia
cuando la calle
se cubre de nazarenos
y yo no puedo más
que beber un té que se enfría
demasiado pronto
afuera llueve
a veces

No sé si es posible decir algo hermoso
a partir de un cesto de ropa sucia
de una cama deshecha
de una ventana que por fuera está oscura
y se llena de ruidos para ocultarme el mundo

a veces creo
a pesar de lo cual no entiendo los mecanismos de la luz
o mis ganas de contarte cuentos

sé qué calles camino
cómo buscar series de palabras inconexas
sé dónde no estás

Editado para su formato electrónico
por Adelaida Loukota.
Guatemala, 9 de diciembre de 2019

